
La pax canadiense

David Crane, *The Next Canadian Century. Building a Competitive Economy*, Toronto, Stoddart, 1992, 302 pp.

John Crispo, *Making Canada Work. Competing in the Global Economy*, Toronto, Random House, 1992, 210 pp.

**María Cristina Rosas
González**

En el año de 1974, cuando se constituyó formalmente el *Grupo de los Siete* integrado por Estados Unidos, Canadá, Japón, Alemania, Francia, Gran Bretaña e Italia, algunos analistas daban por sentado el declive de la hegemonía estadounidense al frente del sistema capitalista internacional. Incapaz de regular el desenvolvimiento del sistema al margen de los designios de otros países, EEUU se acercaba a lo que David Calleo define como la disminución de la facultad estadounidense para articular al mundo frente a las capacidades e intereses de sus competidores.

Lo anterior es relevante para Canadá, país considerado como una "potencia media", que se ha desenvuelto con ciertos rasgos similares en su vinculación hacia las grandes potencias de la era

capitalista. Así, cuando Gran Bretaña decaía como país hegemónico, Canadá decidía volver sus ojos a EEUU. En la actualidad, en que EEUU decrece en sus capacidades para articular al mundo bajo su égida, Canadá vuelve los ojos a América Latina, pero no como la región a cuya sombra operarían los canadienses, sino como una nación con una hegemonía potencial que podría proyectar sus intereses hacia el subcontinente cuando la debilidad de EEUU eventualmente deje vacíos de poder que habrán de ser llenados.

El desarrollo es perecedero. A principios de siglo, Argentina era una de las naciones más ricas y prósperas del planeta, en tanto que en la actualidad este país pertenece al llamado mundo subdesarrollado. Japón, tras la Segunda Guerra Mundial, se encontraba devastado y debilitado en virtud del enorme esfuerzo bélico realizado, y sus productos eran rechazados en todo el orbe. Hoy Japón es uno de los principales rivales de EEUU, por lo menos, en el ámbito de la economía internacional. ¿Sería descabellado, entonces, pensar que ante el declive de la hegemonía estadounidense pudiera surgir una hegemonía canadiense?

Algunos autores, como Björn Hettne, sostienen que el declive

de las potencias hegemónicas posibilita una mayor autonomía a los demás actores del sistema internacional. La existencia de un país hegemónico dicta, en cierta forma, pautas de comportamiento a seguir por parte de los entes dominados, de lo cual se deduce que cuando el país que domina declina, los dominados son más libres de actuar. Pero cuidado. En el pasado, las transiciones hegemónicas se han llevado a cabo por la vía violenta, y nada garantiza que la transición hegemónica que se vive actualmente, transcurra por la vía pacífica, a partir de la consideración irresponsable de que es el poder económico el que, en última instancia, importa en las relaciones internacionales contemporáneas.

Lo anterior llama la atención a raíz de la publicación reciente de dos libros que analizan la situación de la economía canadiense y sus perspectivas para el siglo que se avecina. El primero de ellos, escrito por el periodista del *Toronto Star*, David Crane, se titula *The Next Canadian Century. Building a Competitive Economy*. El segundo, cuyo autor es el profesor de la Universidad de Toronto, John Crispo, lleva por nombre *Making Canada Work. Competing in the Global Economy*.

En los dos textos de referencia hay un denominador común: la necesidad de revalorar el papel de Canadá en la era de la posguerra fría, algo que ni siquiera EEUU ha clarificado del todo, al menos en las primeras semanas de la administración demócrata. Tanto Crane como Crispo detallan la nueva agenda de prioridades internacionales para los canadienses, no sin antes analizar las vulnerabilidades internas del país del maple. Crane destaca, por ejemplo, el envejecimiento de la población en Canadá, los recortes que en la disponibilidad de mano de obra tendrá el país en las primeras décadas de la próxima centuria y lo costoso de sostener a una creciente cantidad de personas que envejecen. Crispo no es menos enfático al advertir que entre las grandes vulnerabilidades de Canadá figura un diseño constitucional que satisfaga a todos los canadienses. El estatus de Québec, y la posibilidad latente de que pueda escindirse del arreglo federal estipulado desde 1867, sugiere una crisis nacional y de identidad que amenaza con impactar de diversas formas todos los ámbitos de la vida canadiense. A lo anterior hay que sumar el hecho de que en la actualidad las variables económicas internas de los

países cada vez son más vulnerables a los acontecimientos internacionales. Según las estadísticas recientes, Canadá parece estar desindustrializándose, y gozando de un decrecimiento en sus niveles de bienestar social con respecto a los demás miembros del *Grupo de los Siete*.

El hecho de que Canadá se desindustrialice en una era de creciente competencia e innovaciones científico-tecnológicas aceleradas, lleva a que se planteen estrategias para revertir esa tendencia. Por una parte, Canadá debe hacer ajustes en casa, para así, con bases firmes, competir en la arena mundial, y ocupar, eventualmente, los vacíos de poder y los espacios que el declive de la hegemonía estadounidense pudiera dejar, especialmente en el continente americano.

No es de extrañar el interés de Canadá por involucrarse en las negociaciones para la firma de un Tratado de Libre Comercio, que en sus orígenes fue concebido como bilateral, esto es, entre México y EEUU. Canadá percibía en su petición para participar la solución a dos grandes desafíos para los años por venir: primero, los canadienses desean evitar que EEUU se constituya en el núcleo de una serie de acuerdos

bilaterales de libre comercio, los que favorecerían únicamente a EEUU, acelerando la crisis del multilateralismo y excluyendo de sus beneficios a los no miembros. Lo valioso para Canadá de su participación en las negociaciones del Tratado de Libre Comercio con México y EEUU no radica en asegurar una relación comercial estrecha entre México y Canadá, ni entre EEUU y Canadá (ya que desde 1989 los canadienses y estadounidenses son afectados por el Acuerdo Bilateral de Libre Comercio que acordaron con anterioridad). Canadá está rompiendo con la inercia de EEUU al evitar que éste sea el centro de diversos acuerdos *bilaterales* en los que, al menos por el momento, en virtud de sus enormes capacidades e intereses, los estadounidenses estarían llamados a prevalecer.

En segundo lugar destaca el reconocimiento de parte de Canadá de la importancia de asegurar su presencia en la zona o región que constituiría su área de influencia natural una vez que EEUU declinara en sus capacidades para realizar la proyección hemisférica. De hecho, Canadá mantiene ya importantes intereses financieros en el Caribe, y México es su primer socio latinoamericano. Además, declinando en poder EEUU, ¿qué otro país del

hemisferio si no Canadá estaría facultado para regir a la región? Porque a pesar de que dentro del *Grupo de los Siete* Canadá es una "potencia media", en el continente americano, a medida que EEUU se debilite progresivamente, Canadá será más libre para llenar los huecos y espacios, y al poseer una economía mucho más dinámica que la totalidad de las economías latinoamericanas y del Caribe, estará en la posibilidad de preponderar, si no como potencia hegemónica global, sí como potencia hegemónica regional.

Pero para que esto se realice, Canadá debe alimentar las fuentes del poder, que, según Joseph S. Nye, incluyen las capacidades económicas, las militares y el llamado *soft power* o el de las industrias culturales. Visto desde esta perspectiva, Canadá está impedido para ser una gran potencia, ya que su economía no marcha bien, sus capacidades militares se encuentran subordinadas a las estadounidenses y la cultura canadiense es absorbida por el *american way*. Sin embargo, el declive de la hegemonía estadounidense, asumiendo que posibilite la "independencia de las regiones", obligaría a Canadá a alimentar las fuentes de su poder, a fin de prevalecer en el continente americano.

Poseedora de vastos recursos, la nación canadiense los utilizaría en un nuevo arreglo en el marco de la división internacional del trabajo y de las cambiantes ventajas comparativas. De hecho, el comercio entre México y Canadá ya muestra indicios de esta tendencia: en tanto los mexicanos venden al país del maple manufacturas, los canadienses exportan a México productos primarios.

Otro aspecto digno de mención es la posible autonomía de que podría gozar Canadá tras el resquebrajamiento de la OTAN y del NORAD, instancias ambas concebidas en el contexto de la Guerra Fría, y que cada vez encuentran mayores dificultades para sostenerse ante las nuevas amenazas a la seguridad internacional, que no necesariamente son militares.

Por último, las industrias culturales canadienses podrían reproducir el modelo del *american way*. De hecho, hay notables canadienses, como John Kenneth Galbraith, que han realizado aportaciones significativas al *american way*. Canadá está realizando una serie de modificaciones en sus disposiciones migratorias, a fin de favorecer el ingreso de personas altamente calificadas que puedan dar vida y dinamismo a Canadá, de la misma manera en que,

a principios de este siglo, EEUU propició la inmigración de prácticamente todas las regiones del planeta.

Así, Canadá se aproxima a una nueva era: la de la *Pax Canadiense*, muy distinta de la británica y de la estadounidense, lo que afectará a América Latina y al Caribe de manera significativa. Además, Canadá no sería la primera excolonia británica en convertirse en imperio regional.

Por tanto, en momentos en que acontece la transición hegemónica y los dominados gozan de mayores libertades para actuar, hay que observar con cuidado los movimientos de las naciones a las que el análisis tradicional sobre un mundo tripolar (liderado por EEUU, Japón y Alemania) ha oscurecido. Canadá es un jugador menor que bien podría ganar las apuestas en la era de la posguerra fría. Al menos en el hemisferio occidental.